

LA
FIESTA
DEL
LIBRO

JT - F 763

T. 1255481

C. 71658653



CARTILLAS PEDAGÓGICAS

LA FIESTA DEL LIBRO EN LA ESCUELA PRIMARIA

PROGRAMA REDACTADO POR EL MAESTRO
D. MARIANO GAMBOA Y RODRÍGUEZ, COMPLETADO
POR LA REDACCIÓN DE «EL MAGISTERIO ESPAÑOL»,
REALIZABLE EN TODAS LAS ESCUELAS



E D I T O R I A L
MAGISTERIO ESPAÑOL

Calle de Quevedo, 7.-Madrid

1 9 2 9



LA FIESTA DEL LIBRO

DOS PALABRAS

La Fiesta del Libro es obligatoria en todas las Escuelas en el día 7 de octubre. Lo manda así un Real decreto de 6 de febrero de 1926, recordado anualmente, como se ve en la Real orden que insertamos después. La organización de esa fiesta ofrece dificultad en muchos pueblos y, recogiendo indicaciones de Maestros, hemos compuesto este librito. En él figura un programa y su desarrollo. Añadamos que el decreto antes mencionado manda que todos los Ayuntamientos dediquen una parte de su presupuesto a adquirir libros para repartirlos a los niños en esta fiesta. A esos libros aludimos en el número del programa <reparto de libros.> Este programa es naturalmente un ejemplo que cada Maestro o Maestra puede modificar o completar como juzgue oportuno. Solo se propone señalar un camino.

E. M. E.

NOTAS

Convendrá que a esta fiesta asistan las autoridades locales, a las que habrá invitado previamente, salvo circunstancias particulares que aconsejen abstenerse de ello.

Igualmente convendrá que asistan personas de significación que puedan contribuir a la difusión del libro.

En casos especiales, que la discreción del Profesor sabrá apreciar, quizá convenga dar entrada en el programa a esas autoridades o personas de significación e influencia. Este programa tiene carácter general y podrá ser modificado o completado por los Profesores, según les aconsejen las circunstancias.



PROGRAMA DE LA LECCIÓN

UTILIZABLE POR TODOS LOS MAESTROS Y
MAESTRAS DE LAS ESCUELAS NACIONALES,
AUN DE LAS ALDEAS MÁS MODESTAS

I. BREVES PALABRAS *del Profesor o Profesora sobre significado de la fiesta, según las Ordenes oficiales y saludo a las autoridades, si asisten. (Véase el texto de la R. O. en la página siguiente).*

II. CANTO A LA BANDERA *española por los niños. (Damos la letra premiada más adelante; podría también adoptarse otro canto patriótico, que sepan los niños o niñas).*

III. BIOGRAFÍA DE CERVANTES, *leída por un niño o niña. (Damos a continuación esa biografía, concisa y propia para este acto, redactada por el Sr. Solana).*

IV. LECTURA DE POESÍAS; *para ello damos después las tituladas «Gloria a Cervantes», de Leopoldo Cano y «A tu lengua española», por José Mercado (pueden los Maestros elegir otras, mas de su agrado hallarán donde elegir en el libro «Recitaciones», por don Ezequiel Solana).*

V. CONFERENCIA *del Maestro o Maestra sobre la importancia e historia del libro para cumplir lo mandado. (Damos un modelo de esta conferencia, redactada por nuestro compañero D. Mariano Gamboa y Rodríguez, Maestro de Toledo).*

VI. REPARTO *de libros (los que se hayan podido adquirir).*

VII. PROMESA *de los niños en relación con el libro y palabras de resumen y despedida (véase al final).*

DESARROLLO DEL PROGRAMA

I.—Breves palabras del Maestro saludando a las autoridades locales y personas de significación, si asisten, y glosando o leyendo la siguiente Real orden del Ministerio de Instrucción pública, dirigida a los Rectores de las Universidades:

«El día 7 de octubre de cada año debe celebrarse en todos los Centros de enseñanza la Fiesta del Libro Español, estatuida por el Real decreto acordado en Consejo de Ministros que lleva fecha de 6 de febrero último, inserto en la *Gaceta* correspondiente al día 9 del expresado mes.

Las Universidades del Reino, las Escuelas Especiales y profesionales, los Institutos nacionales de Segunda enseñanza y todos los Centros docentes que dependen de este Departamento, están obligados, por los preceptos de aquella Real disposición, a conmemorar la Fiesta del Libro con sesiones públicas y solemnes, consagradas a ensalzar y divulgar las publicaciones nacionales y la cultura patria.

Los Maestros de las Escuelas nacionales de Primera enseñanza deben consagrar durante la jornada del día 7 de octubre una hora, al menos, a explicar a sus alumnos la importancia del libro como instrumento de cultura, de civilización y de riqueza.

Las Bibliotecas públicas han de destinar también en ese día una parte de sus recursos a la adquisición de nuevos volúmenes que sumar a sus fondos, y todas las autoridades académicas están obligadas a prestar su eficaz cooperación para el mayor ornato de una fiesta que ha sido instituída en beneficio del progreso nacional.

Próxima ya la fecha que en este año ha de ser dedicada a la Fiesta del Libro,

S. M. el Rey (q. D. g.) ha dispuesto que se recuerden a V. S. los preceptos contenidos en aquel Real decreto, y que se encomienden especialmente a su cuidado, celo e inteligencia su más exacto cumplimiento, tanto en esa Universidad como en todas las Escuelas nacionales y en los demás establecimientos de enseñanza y Bibliotecas públicas oficiales que dependen de ese distrito universitario.

De Real orden lo digo a V. S. para su conocimiento y efectos, rogando a V. S. se sirva indicar a los Centros docentes que forman parte de ese distrito universitario que deben dar a este Departamento, por medio de oficio, cuenta detallada de los actos que celebren el expresado día en conmemoración de la Fiesta del Libro.»

Eduardo Callejo

II.—CANTO A LA BANDERA

¡Salve, bandera de mi patria, salvel,
y en alto siempre desafía al viento,
tal como en triunfo de la tierra toda
te llevaron indómitos guerreros.

Tú eres, España, en las desdichas grande,
y en ti palpita con latido eterno
el aliento inmortal de los soldados
que a tu sombra, adorándote, murieron.

Cubres el templo en que mi madre reza,
las chozas de los míseros labriegos,
las cunas donde duermen mis hermanos,
la tierra en que descansan mis abuelos.

Por eso eres sagrada. En torno tuyo,
a través del espacio y de los tiempos,
el eco de las glorias españolas
vibra y retumba con marcial estruendo.

¡Salve, bandera de mi patria, salvel,
y en alto siempre desafía al viento,
manchada con el polvo de las tumbas,
teñida con la sangre de los muertos... (1)

Sinesio Delgado

(1) Este canto fué premiado en público concurso por el Ministerio del Ejército, y fué mandado fijar en todas las Escuelas españolas por Real orden de 13 de agosto de 1907, prescindiendo de los tres últimos versos, a juicio del Consejo de Instrucción pública.

III.—BIOGRAFÍA DE CERVANTES

Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares, el 9 de octubre de 1547, hijo de un pobre cirujano sangrador, y siendo Miguel el cuarto entre siete hermanos. Varias poblaciones se han disputado la gloria de ser patria de Cervantes, entre otras, Alcázar de San Juan, que presenta la partida de bautismo de un Miguel de Cervantes, nacido en 1558, y que hubiera tenido, por consiguiente, sólo trece años cuando se dió la célebre batalla de Lepanto. Hoy se tiene fuera de duda que la patria de Cervantes, autor del «Quijote», fué Alcalá de Henares.

Era la familia pobre, y al ser trasladada la corte de Madrid a Valladolid, quiso probar fortuna el cirujano, trasladándose a la nueva capital. Era niño Miguel, y en Valladolid aprendió a leer, sin duda en los romances de ciego y libros de cordel, donde se narraban hazañas y aventuras, porque no hay memoria de que asistiese a ninguna Escuela en su tierna edad. Y sabido es que los romances de Bernardo del Carpio, los Doce Pares de Francia y otros muchos sacados de los libros de caballería, eran populares en aquella época, y la misma Santa Teresa cuenta cuán aficionada era de niña a estas lecturas, donde los niños se adiestraban, sin duda, por el afán de saborearlas.

No fué en Valladolid propicia la suerte a la familia, y con la corte volvieron a Madrid para trasladarse a Sevilla. Estas andanzas permitieron a Miguel conocer una

gran parte de España, y, sobre todo, a Sevilla, compendio, entonces, de la vida española, donde se agolpaba el movimiento comercial por las comunicaciones con América.

Pero pronto hubieron de volver a Madrid; y entonces fué cuando Cervantes estudió Gramática y Humanidades con el Maestro Juan López de Hoyos. Supo este Profesor apreciar el talento de Cervantes; le dió ocasión de que escribiera unos versos con motivo de la muerte de la reina Isabel de Valois, que fueron muy celebrados. Y le llamó públicamente «mi caro y amado discípulo».

Volaba la fantasía de Cervantes en sus años mozos, y deseoso de pasar a Italia, acompañó al cardenal Acuña a Roma. Con tal motivo, hubo de ir a Valencia, y pasando por Barcelona, Narbona y Niza, llegó a Milán, y después a Roma, atesorando recuerdos e impresiones de que después hizo gala en multitud de pasajes de sus obras.

Podría tener Cervantes, por entonces, veinte años, y los horizontes se ensanchaban, su alma se embecía en aquella espléndida cultura artística que se ofrecía en Italia por aquella época, y muy particularmente en Roma.

Mal avenido con la quietud cerca del cardenal, se alistó con el capitán Diego de Urbina, embarcándose en la galera «Marquesa», de la escuadra de Don Juan de Austria, y así tuvo ocasión de asistir a la batalla de Lepanto, «la más grande, a su juicio, que han visto los siglos pasados y han de ver los venideros» (1571).

Peleó Cervantes en Lepanto con ardor, pero fué herido y quedó manco. Pudo ser aquella hazaña principio de una brillante carrera militar, pero cayó cautivo al querer regresar a España y hubo de pasar cinco años en Argel sufriendo penalidades sin cuento.

Cuando volvió a la Corte quiso hacer valer sus servicios, pero fué en vano; hubo de resignarse a vivir a expensas de sus hermanas. Entonces fué cuando hizo amistades con varios literatos, entre los cuales estaban Lope de Vega y Góngora, y empezó a escribir obras para el teatro, entre las que descuellan por su mérito «El trato de Argel», que él había vivido, y la «Numancia».

Escribió después, hacia 1584, su novela «Galatea», del género pastoril, y se casó en Esquivias (Toledo). Pero no dándole las letras para vivir, aceptó una comisión oficial para ciertas cobranzas en Andalucía. Esto le hizo tratar con toda suerte de gentes maleantes por pueblos y caminos. Tuvo la desgracia de que una persona, en quien había depositado fondos, se fugara a América, y esto le hizo dar en las cárceles de Sevilla.

Esta debe ser la cárcel donde «toda incomodidad tiene su asiento» y donde Cervantes, sin duda, empezó a escribir la obra «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», aunque algunos dicen que en Argamasilla de Alba. Ello es que la obra resultó maravillosa, que ha sido traducida a todos los idiomas, siendo en el mundo la que ha tenido más ediciones, después de la Biblia, y por la que a España se la conoce en el extranjero con el nombre de «Patria de Cervantes».

En 1613 dedicaba Cervantes sus novelas ejemplares al Conde de Lemos; en 19 abril 1616, después de recibir la Extremaunción, le dedicaba «Los Trabajos de Persiles y Segismunda», y el día 23 entregaba su alma a Dios.

Cervantes ha sido uno de los hombres más grandes que la Humanidad ha producido: honremos su memoria.

Ezequiel Solana

IV. — LECTURA POR LOS NIÑOS

El Maestro o Maestra puede elegir las que estime más convenientes de los libros *Recitaciones escolares*, *Patria española*, *Alboradas*, etc., o de otra que posea; nosotros, por si quieren ahorrarse el trabajo, damos aquí los que siguen:

GLORIA A CERVANTES

Con extraña habilidad,
un soldado, poco a poco,
queriendo pintar un loco
retrató a la humanidad.
Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado de delito
de tener mucho talento.

En obra tan singular,
que rival no ha de tener,
España aprende a leer,
el mundo aprende a pensar.
De aquel tesoro sin par,
Cervantes, con rica vena,
puso tanto en cada escena
en una página sola,
que (aun siendo la obra española)
España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo (y se engaña):
—¡Pues no era manco el autor!—
Mas quien hizo tal primor
salió manco de campaña.
Si por la gloria de España
que en el *Quijote* se encierra
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
—El mejor libro del mundo
lo escribió un manco en mi tierra.

Leopoldo Cano

A LA LENGUA CASTELLANA

Lengua inmortal que hablaron mis mayores,
tan bella como tú no hay lengua humana.
Por tus frases enérgicas obtuve
el hermoso concepto de la patria,
y sé por ti que Dios, bondad suprema,
sobre los hombres su piedad derrama;
y al abrir de la Historia el libro inmenso,
supe que fueron tuyas las palabras
que pronunció Colón mirando al cielo
al descubrir la tierra americana.

Lengua inmortal, idioma de Cervantes,
el colono de ayer tu gloria canta.
Eres raudo torrente. Te despeñas
y caes en deslumbrante catarata,

llenando de sonidos el espacio
y de notas de fuego que se apagan
con ese ritmo vago y misterioso
de un suspiro de amor. Sonora y clara
expresas la pasión, y el pensamiento
por ti se viste con brillantes galas.

Lengua inmortal, a su existencia unida
por siempre esté mi tierra borincana.
Tronó el cañón; soldados extranjeros
aquí pusieron su pesada planta,
y se cumplió una ley inexorable,
y su gran infortunio lloró España
con la misma amargura y la tristeza,
llena de luto y de dolor el alma,
que otro gran infortunio lloró un día
el último rey moro de Granada.

Ese lazo que ayer rompió la fuerza,
átalo tú mi lengua castellana.
Mensajera perenne de concordia,
cruza el inmenso mar que nos separa
y lleva de la América latina
a la nación que puebla nuestra raza,
con el pobre cantar del bardo triste,
el beso fraternal de nuestras almas:
¡que se puede cambiar una bandera,
pero los sentimientos ne se cambian!

José Mercado

LOS BUENOS LIBROS

No hay nada comparable al placer de leer. De todas las emociones gratas de la vida, la más cálida, la más permanente, la que menos exige y más impresión nos causa, es la página predilecta de un libro honrado y bueno, que supo conmover las fibras de nuestro ser, abrazándolo en puras afecciones.

En el transcurso de una vida, ¡cuántos ratos de serena belleza debemos a los libros!... Aquí un pensamiento, más allá una página, en otra parte un capítulo..., son como flores disecadas que vamos archivando, coleccionando, guardando con placer infinito, aventajándolas en que la página, el libro, pensamiento, conservan siempre su exquisito aroma.

¡Bello cometido el de la hoja impresa, del libro preferido, que nos distrae o nos conmueve, nos arrastra con el fuego de su persuasión, o aplaca, modera y temple los instintos pasionales, llevándolos al convencimiento con dulces alientos o cariñosas reflexiones!

¿Qué otro confidente buscaremos en nuestras horas de tristeza y desolación que nos acaricie, nos consuele y nos haga olvidar tan prestamente el mal que nos hacen? ¿Dónde encontraremos la paz que anhelamos, la tranquilidad perdida, el sosiego que necesitamos para luchar y triunfar en las terrenales conquistas? ¿Cómo recobrar la calma? ¿A quién manifestar nuestro alborozo, cuando solos y tristes recibimos el amable obsequio de un éxito halagador?

¡Oh, libro bueno, libro amable, libro santo! Tú eres el

que nos exalta o nos irrita, quien nos distrae o nos conmueve, el que nos lleva a la risa o nos convida al llanto... Tus páginas son como novias eternas que tiemblan emocionadas al recibir nuestras caricias.

¡Oh, libro bueno, libro bello, libro santo! Eres la sal de la vida. ¡Salve, libro inmortal!

¡Dios te bendiga!

Bruno G. Sieso.

CÓMO SE HACE UN LIBRO

El libro es en la Escuela el más importante instrumento de trabajo. Vamos a explicar ahora brevemente cómo se hace, o acaso más propiamente, cómo se fabrica un libro.

Ante todo, como podéis figuraros, lo primero es pensarlo y después escribirlo. Muchas cosas se piensan a la vez que se escriben; otras muchas, después de escritas, se cambian y se vuelven a escribir en diferente forma. El escribir un libro lleva más tiempo del que ordinariamente se supone.

El *manuscrito* debe presentarse con claridad, en cuartillas numeradas y escritas por un solo lado. A ser posible, todas deben contener el mismo número de líneas y al final debe llevar un índice por materias y capítulos.

Si quiere ahora saberse la extensión que va a tener el libro, en vista del manuscrito se cuentan las letras y espacios contenidos en veinte líneas, se divide por 20, para hallar el término medio de una línea, y multiplicado éste por el número de líneas que contiene una cuar-

tilla, y volviendo a multiplicar este resultado por el número de cuartillas, se tendrá el total de letras y espacios contenidos en el manuscrito. Si dividimos ese total por el hallado en la página de un libro semejante al que vamos a imprimir, tendremos el resultado apetecido. Sobre esta base suele calcularse el precio de impresión.

El impresor entrega el manuscrito al *regente*, quien examina las cuartillas, ve los diferentes caracteres que ha menester y los indica, si no están bien señalados, distribuyendo, en pequeñas porciones, las cuartillas entre los cajistas o linotipistas.

El *cajista* trabaja delante de una *caja*, donde se contienen, en 123 cajetines desiguales, los caracteres o letras metálicas que ha de emplear en la composición. En la mano izquierda tiene el *componedor*, instrumento donde va colocando las letras de imprenta para formar las palabras, que separa por medio de intervalos o *espacios*. Cuando la línea está llena en el componedor, la *justifica*, es decir, le da el largo que debe tener, aumentando o disminuyendo los espacios entre las palabras. Los espacios son más bajos que las letras y no salen impresos.

Una vez justificada la línea, el cajista pone una interlínea o *regleta*, que sirve para separar los renglones, con la que saca y coloca la línea en el *galerín*, puesto de antemano encima de la caja, y así procede, sucesivamente, hasta llenar lo que se llama una *galerada* o hacer *paquetes*, que se atan con un bramante. Estos paquetes, que vienen a tener sobre 40 ó 50 líneas, se colocan sobre un papel fuerte, varias veces doblado, que es lo que se llama *portapáginas*. Hecho esto, el cajista saca pruebas y las entrega al corrector.

El *corrector* enmienda los defectos y señala las faltas de ortografía, que corrige el cajista, y, generalmente, se sacan otra vez pruebas, que se remiten al autor. Para las correcciones hay ciertos signos particulares, fáciles de aprender.

Devueltas las pruebas por el autor y corregidas convenientemente, el *ajustador* transforma en páginas de igual tamaño las columnas de la galerada, coloca el título de la obra, los capítulos y los folios, así como las notas, grabados, etc., para poder imprimir las páginas.

La imposición consiste en colocar las páginas que forman un pliego, de tal manera que, estando el papel convenientemente plegado, después de la tirada, se sigan aquéllas correlativamente por orden numérico. Cada hoja o pliego lleva en la parte inferior un número de orden que se llama *signatura*, muy útil después para la encuadernación.

La *tirada* se hace a máquina, pues la prensa a mano ha quedado reservada para las tiradas muy reducidas. La máquina sencilla imprime un solo lado del papel, que tiene que volver a pasar por la impresión del otro lado; la máquina doble imprime los dos lados a un mismo tiempo.

Los papeles se mojan o satinan antes de ser empleados.

Por último, se hace la *encuadernación* del libro. Para ello, los pliegos, según van saliendo de la máquina, se colocan sobre mesas por paquetes y signaturas sucesivos, cogiendo después un pliego de cada paquete para formar tomos. Los tomos se colocan en prensas para reducir el espesor de los pliegos, y pasan a la costura. La última operación es *poner la cubierta*. Se aplica la cu-

bierta sobre el canto de los tomos previamente encolados.

Cuando se presume que han de hacerse nuevas ediciones de un libro, suelen reproducirse por grabados por medio de la galvanoplastia, que tiene por objeto dar mayor dureza a los *clisés*.

La propiedad intelectual corresponde a los autores respecto de sus propias obras.

LOS MANDAMIENTOS DEL LIBRO

Los libros deben ser siempre bien tratados; son nuestros mejores amigos, nos instruyen y deleitan, y requieren cuidados especiales. H. Maxon ha compuesto los diez mandamientos del libro, que el buen lector debe cumplir exactamente. Helos aquí:

1. No me abras por simple curiosidad.
2. No humedezcas las yemas de los dedos para volver mis páginas; no tosas ni estornudes sobre ellas, ni me cojas más que con las manos limpias. Me avergonzarías si, estando sucio, me pidiese otro lector.
3. No hagas ninguna señal o anotación en mis páginas, ni con la pluma ni con el lápiz. Me volverías despreciable.
4. No me levantes en alto tomándome por una de las tapas, y cuando me leas, no te apoyes sobre mí con los codos ni con los brazos. Me harías mal.
5. Nunca me dejes abierto ni vuelto del revés, besando con las páginas la mesa o pupitre.
6. Nunca coloques entre mis hojas un cortaplumas,

un lápiz u otro objeto que sea más grueso que una hoja de papel. Perjudicarías mi lomo.

7. Si al suspender la lectura temes no recordar la página en que lo dejas, no pliegues la hoja ni dobles sus ángulos. Emplea como registro una cinta o una tira de papel, que son señales inofensivas.

8. Hazte cargo de que no debo estar en tu poder más tiempo que el estrictamente necesario, pues solicitan mi compañía y mi consejo otros lectores.

9. Medita en que, pues podremos encontrarnos nuevamente, te desagradaría encontrarme envejecido, manchado o roto.

10. Así, pues, procura conservarme limpio y lo mejor que te sea posible. En cambio, yo pagaré tu buen trato ayudándote a ser feliz y proporcionándote armas para la lucha por la vida.»

Verdaderamente, el libro, aparte de lo que enseña y deleita, representa tantos días de trabajo, que al maltratarlo cometemos la injusticia, la villanía, de menospreciar y hacer el mal a quien tanto se afaná por procurarnos un bien. Amar los libros es una prueba de gratitud para sus autores.

V.—Disertación del Maestro, dada como ejemplo, que cada uno podrá modificar o completar, según le aconsejen las circunstancias.

Qué son los libros.—Algo de historia del libro.
Consejos sobre los libros.

SEÑORES...

La ley, para ser ley, debe ser cumplida; caso contrario, es fárrago de disposiciones, hermosas todas, pero inservibles; y he aquí que para cumplir la ley me veo obligado a ponerme en contacto con vosotros, hoy día de la Fiesta del Libro, fiesta ideada por ese alma todo corazón, ese muy español, el Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera.

Cumplo gustoso el mandato de la ley, pero me considero incapaz de deciros nada; quisiera tener galanura y contaros muchas cosas que prendieran en vuestra alma, para que conserváseis siempre el recuerdo de lo que es un libro, pero sólo tengo voluntad; me falta oratoria, talento, todo...; pero con la primera he preparado estas pobres cuartillas, que vosotros, con la bondad que os distingue, acogeréis con cariño; no las miréis en tono de discurso, son notas para una lección de mis niños, y cual rodeado de ellos, de esos retoños de vosotros, de esos que me entregáis para su instrucción, quiero leerlas, y si algo vale ésta, le llamaré lección, será todo para estos niños, a los que quiero explicarles la lección de este día.

FIESTA DEL LIBRO

AGRADECIMIENTO A SU INSPIRADOR

Hoy es día de fiesta, y fiesta, no de esas de algarabía popular, pero que yo quiero que sea hermosa, que os acordéis siempre de ella, que os acordéis siempre de que el día de la Fiesta del Libro es algo grande, algo que no debemos olvidar; es la fiesta de la madre, del hermano, del amigo invariable, del que nos encauza para la lucha de la vida; es la Fiesta del Libro. Y éste, según dijo un filósofo francés: «es el alma, el cuerpo, la salud, la libertad, la hacienda». Ya veis si vale, pues os contaré algo de lo que son los libros; pero antes quiero que no olvidéis el nombre del que hizo que terminase la guerra de Africa, esa guerra que llenó de luto y lágrimas a España, pues este señor, el gran general Primo de Rivera, fué el iniciador de esta fiesta; esta fiesta, que debe celebrarse en todas partes, fiesta que nos traerá la instrucción y con ella la felicidad de los pueblos.

LO QUE SON LOS LIBROS

Ahora voy a deciros lo que son los libros: son los mejores y los peores amigos; como estos últimos, los malos libros, les odiamos; voy a deciros lo que son los libros buenos; son, como os decía antes, «el alma... el cuerpo»; on la fuente, la base de los conocimientos; son los que

con desinterés, sin egoísmos de la tierra, nos hablan de Dios, y nos hablan de aquella plegaria tan preciosa:

«Rey de los Reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mío;
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz a los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida a las plantas, movimiento al río...»

Dios, el Supremo Hacedor y Juez, que es lo más sublime, lo vemos por medio del libro más resplandeciente; nos hace sentirle más cerca de nosotros y no olvidar cuanto le debemos. ¡Ya tenemos al amigo libro enseñándonos el camino del Cielo!

Nos habla de Patria, de España, de Castilla, no con palabras falsas, con palabras sinceras; escuchad un momento cómo nos reseña Castilla un libro de Ricardo León: «Castilla, madre y nodriza de los pueblos, vivero de naciones, señora de ciudades... castillo, cuna y sepultura..., firme asiento de la cruz y del blasón..., crisol de oro y yunque de hierro. ¡Salve!»

Quien no puede querer a España leyendo en el libro amigo de la Patria, será insensible y su conciencia estará dormida; leed mucho este libro, y los niños serán honra de padres españoles.

Siempre son hermosos los libros, pero más aún cuando nos hablan de esa mujercita que da su vida por nosotros, esa mujer que jamás confundimos con otra; entonces, el amigo libro nos habla así por boca de la que nunca nos engaña, de nuestra madre:

«Llama siempre a tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta o viva,
Si está en el mundo, a compartir tus penas,
Y, si no, a consolarte desde arriba.»

¡Qué bien nos dice cómo es una madre este libro de un argentino! ¿Podremos olvidarnos de ella leyendo? Nunca debemos olvidarla; pero contemplando cuanto los libros nos dicen, no habrá hijos ingratos.

Ya vamos viendo lo que son los libros, los inmejorables amigos; nos enseñan a amar a Dios, a la Patria, a querer a la familia, a ser buenos hijos; nos enseña a considerar y respetar a los Maestros, haciéndonos ver cuánto valen.

Veamos lo que dice de los Maestros un libro del señor Sarmiento: *«El Maestro obra sobre la sociedad; el juez castiga, sin corregir; el militar reprime el desorden, sin mejorar las ideas; sólo el Maestro puede curar radicalmente los males sociales.»*

Leed, repasad mucho estos libros; no miréis que un pobre Maestro os lo pide; en sus hojas encontraréis muchas alegrías; pero también muchas estarán humedecidas por lágrimas de los que nacen para instruiros y educaros; leed, no os pesará.

Sería interminable diciendo lo que son los libros; sólo diré que cuatro libros (Biblia, Corán, Vedas y Confucio), son el fundamento de todo el mundo.

Ahora vamos a hojear otro libro, el libro del trabajo, el compañero, el camarada; nos habla tan claro y hermoso, que sentimos afecto verdadero hacia el obrero, el trabajador.

Oid, recoged esta página:

«Trabaja, joven; sin cesar trabaja.
La frente honrada que en sudor se moja,
jamás ante otra frente se sonroja,
ni se rinde servil a quien la ultraja.»

Todos los libros nos hablan al alma; éste nos enseña a ser dignos y honrados trabajadores; procuremos no olvidar sus consejos.

Repito que los libros son los amigos más leales; nos muestran las regiones geográficas, los adelantos de Física, Mecánica, etc.; nos hablan de arte y literatura; nos recuerdan hechos y nombres gloriosos: Pelayo, Cid, Numancia, Navas de Tolosa, Colón, Teresa de Jesús, Isabel I, Carlos III, etc., etc.; nuestro cuerpo está dolorido, quebrado, roto, ahí está el libro dando nuestra curación; todo, absolutamente todo, lo tenemos en los libros, en los libros buenos que decíamos al principio; los otros, debíamos hacer en ellos el *áncora* con que señalaban los antiguos los pasajes repugnantes.

Ya no olvidaremos lo que son los libros, amigos, pero amigos que jamás nos traicionan; leamos muchos libros, convivamos con los libros y recordad el proverbio: «*Dime qué lees y te diré quién eres*»; pues que jamás nos digan que nos envenenamos con falsas lecturas.

HISTORIA DEL LIBRO

Tarea grande sería enumerar la historia del libro; podemos decir que es tan antiguo como su madre la escritura. En todos los tiempos, en todas las épocas, se ha

procurado ir dejando señales, datos que perpetúen la memoria de algún hecho; así que podemos decir que siempre existió el libro. ¿Clase, forma? Eso es lo que expondré ligeramente.

El libro es algo que nos distingue de los animales; éstos, según un escritor francés, cantan, sufren, hablan, hacen sus moradas; pero no escriben ni leen. Y todo este privilegio de los hombres lo enriquecen los libros; esos libros que, desde la piedra y metales, pasando por pieles y papiros, han llegado a lo hermoso de nuestros días.

Siempre, siempre, la Historia lo dice, hubo deseos de conservar los pensamientos; en rocas se ven en Suecia inscripciones; los caldeos y asirios lo hacían en ladrillos; de la piedra pasa a los metales; Araón llevaba la Biblia, grabada en oro, colgada de su tiara (cuenta la tradición que la cinta era color jacinto).

Las inscripciones en oro se conservaban en cajitas de cedro.

Pasaron a escribir en pieles: los persas gastaron 1.200 pieles de buey en un libro sagrado; después, en la corteza segunda de los árboles álamo, fresno y plátano; los indígenas malvinas lo hacían en hojas de *macarao*; vienen los papiros y pergaminos, siendo famosa la fábrica de papiros de Segovia; en el Monasterio de Guadalupe se conservan hermosos pergaminos; los hay de pieles de cabra, vaca, carnero y de ternera; a éstos se les dió el nombre de vitelas.

Los papiros, planta que se cultivaba en Egipto, eran consumidos por todo el mundo, dejándose sentir la crisis cuando era pequeña la cosecha.

También se hicieron libros (así podemos llamarles) en seda y tela; escritos en seda guardaba Atenas los nombres de los soldados muertos por la patria, y en tela se conservaron los anales de la república romana.

Va evolucionando la Historia, y como todo cuanto es beneficioso se perfecciona, así el libro, preciosa joya de primera necesidad, fué progresando, y encontramos el papel hecho con arroz; en 7 de julio de 751 de la Era cristiana se hace el papel de algodón, pasando desde Damasco a Europa en 795; ante la escasez de algodón, se hace de lino, y después, de trapo.

Ceuta, Játiva y Toledo se distinguen por su deseo de hacer libros; *El reparto del Reino de Valencia*, que se conserva en el archivo de la Corona de Aragón, se cree el más antiguo hecho en papel (1237); en el archivo de Zaragoza se conservan de 1457 y 1474; en Valencia, en 1490, se editó *Tirant lo Blanch*.

En 1895 nadie daba nada por un ejemplar que existía, y un librero inglés lo compró y lo vendió a un millonario yanqui en 15.000 pesetas. No comentaremos.

Relacionado con la historia del libro citaré, sin ánimo de profundizar, algunas clases de libros que merecen especial mención: Libros de *Coro o liturgia* se conservan muchos en el Monasterio de Cuadalupe; *Libro de oro*, en él se anotaban los nombres de las familias patricias de Venecia; figurando en sus páginas, a los veinticinco años podía ser miembro del Gran Consejo; *Libro elefántico*, era una tableta de marfil con inscripciones; *Libro celeste*, de los musulmanes; *Libro único*, es una Gramática castellana, por Villalón, que se conserva en la Real Biblioteca, y Códices manuscritos de Ana de Bretaña, propiedad

de Su Majestad, y cuya encuadernación costó 200.000 pesetas.

La Historia nos demuestra los sacrificios que pasaban nuestros antepasados para legarnos grabados sus usos, costumbres, todo cuanto eran; vemos el ansia que tenían por leer; y nosotros, que tenemos, que disfrutamos de los mejores elementos, de los mejores libros, pasamos la vida sin preocuparnos de lo que tanto nos enaltece. Volvamos la vista al pasado y superemos el cariño hacia los libros.

¿DEBEMOS QUERER LOS LIBROS?

Por sí sola se contesta esta pregunta; siendo lo que son los libros, lo que ya he dicho, sólo añadiremos que siempre fué signo de progreso y civilización el libro, y que en todo momento gozó de verdadera estimación; vemos en la Ley del 97 de las Cortes de Toledo conceder libertad a la circulación del libro, ya que eran, como decía la misma Ley, *muchos y buenos*; vemos al gran Faraday hacerse encuadernador por gozar más leyendo; vemos al emperador Carlos I dar un impulso grande al libro (en su tiempo, en torno de la Universidad de Salamanca, que contaba con 70 Catedráticos, se sostenían 84 librerías y 56 imprentas). Y vemos siempre cuánto cariño inspiraban los libros; pero ahora, triste es decirlo, ¿quién quiere, quién ama los libros? Esos consejeros del gobernante, del hombre de ciencia, del artista, del obrero, del adulto y del niño, esos no tienen libros; y quien los mira como adorno de su despacho, a esos le sobran; por eso

esta fiesta traerá amigos a los que quieren y sienten ansias de leer.

Queramos al libro, él nos busca muchas veces las soluciones en el problema de la vida; repartamos muchos, pero muchos Quijotes, del inmortal Cervantes, ese libro ejemplar y tan español; hagámosle comprender y conocer, amaremos con ello a España y seremos, como consecuencia, respetados.

Sintamos verdadero cariño al libro; no tiremos el que nos estorbe, alguien lo desea y su ciencia se esparcirá, y no olvidemos, por si son pocos los méritos que tiene para quererle, que en un libro se anota por primera vez nuestro nombre y en un libro se anota, al morir, el nombre de los que nos dieron la vida.

DOS CONSEJOS

Daría muchos, pediría muchas cosas en beneficio del libro, pero sólo diré algunos consejos publicados por H. Maeon, traducidos por Uriost.

No me abras con indiferencia. ¡Hermoso consejo!; el libro, allí donde siempre se encuentra algo útil, provechoso y bueno, no debemos mirarle con indiferencia como miserable juguete; repasemos, el que abre un libro por capricho, ese no lee, no siente, ni piensa; su alma carece de poesía, y podemos decir que no será buen compatriota del glorioso *Manco*; leamos, no pasemos la vista por las fotos, la indiferencia ante un libro es imperdonable, y, duro es decirlo..., signo de incultura.

No me hagas señales, ni me dobles las hojas. ¿Mal-

tratamos a un hijo; le ponemos en condiciones de que pueda estropearse? Jamás me diréis que un libro no es un hijo, y yo os diré que sin el libro, esa flor del hogar, esa ilusión, ese cariño, eso todo para un padre, sin el libro, no podrá llegar a ser lo que es; desde los primeros consejos sobre Puericultura, hasta verle convertido en hombre, todo se lo dan los libros; pues si no hacemos señales en el cuerpo de nuestros seres, no las hagamos en los libros; no se quejan, no sufren, no protestan, pero dejarán de servir y seremos responsables de no poder aprovechar sus sabias doctrinas.

No humedezcas con saliva mis hojas. Además de hacer un daño horroroso al que tanto se debe, proporcionamos muchos males a la sociedad; no voy a detenerme mucho; pensad en los miles de microbios que se depositarán por la saliva en sus páginas y considerad la responsabilidad que contraemos; perdemos la lectura, gloria y regeneración de una raza, y matamos a muchos, pero a muchos que habían nacido para ser compañeros inseparables del libro.

Muchos más consejos daría; pero no, confío en que no los maltrataréis; no se ve el alma de ellos, pero llevan dentro una, la de su autor, que tal vez lloraría al ver mal cuidado su pensamiento, ese pensamiento que puso en beneficio de la Humanidad.

Nada más, sería interminable, pero quiero rogaros que leáis mucho, quiero que leamos, que busquemos y nos entusiasmemos con los libros; ellos nos dan la instrucción y la regeneración, y ya sabemos que se instruye el culto; el culto admirado, el pueblo, la nación admirada por su cultura, jamás se humilla.

No olvidemos este día de la Fiesta del Libro, y que España y este rinconcito de ella se vean admiradas por cultura.

Mariano Gamboa

VI.-Reparto de los libros que haya sido posible adquirir.

VII.—PROMESA ESCOLAR

PALABRAS PARA TERMINAR EL «DÍA DEL LIBRO»

NIÑOS:

Hemos visto, hemos apreciado, cuán hermoso es el libro y cuántos beneficios puede reportar la celebración de esta fiesta. Como recuerdo de este día imperecedero, quiero que prometáis, no con palabras, con el corazón, ese corazón vuestro que no abriga rencores ni egoísmos, si, que prometáis y que cumpláis la promesa de que leeréis mucho, pero mucho bueno, y yo os prometo que, haciéndolo, cuando seáis hombres, unos allá en el taller, haciendo máquinas y herramientas que valgan para ahorrar gasto de energía humana; otros, allí en el laboratorio, buscando, examinando el bien de la Humanidad; aquéllos, siendo el sostén, el brazo fuerte y vigoroso que fomenta nuestra rica agricultura, y todos, esparcidos por el mundo, seréis la defensa y el orgullo de esta tierra tan hermosa, tan hidalga y tan buena que se llama España; esta tierra que sus defensores, los libros buenos, nos impulsan a quererla más y más.

No olvidéis la promesa, la que ya veo en vuestros rostros que cumpliréis; sí, cumplidla siempre y seremos lo dichosos que seáis.

¡Viva España! ¡Viva el Libro!

Publicaciones de EL MAGISTERIO ESPAÑOL

CARTILLAS PEDAGÓGICAS

Libritos, de 32 o 64 páginas, que forman la biblioteca del Maestromás moderna, instructiva y económica.

QUINTA SERIE

41-42. *Sobre algunos problemas de la enseñanza primaria*, por Valentín Aranda.

43. *Textos escolares*, por José Martos Peinado.

44. *La enseñanza de la Historia en la Escuela primaria*, por Modesto Merino.

45-46. *Las Juntas locales de Primera enseñanza*, por Victoriano F. Ascarza.

47. *La Fiesta del Libro en la Escuela primaria*, por EL MAGISTERIO ESPAÑOL.

50. *La enseñanza del lenguaje*, por Manuel Fernández y F. Navamuel.

51. *Preparación de Lecciones en la Escuela primaria*, por G. Gabaldón Moreno.

PRECIO DE CADA NÚMERO: 50 CÉNTIMOS







